

El olor a piña

Me piden que hable de la recepción de Cervantes en esta orilla del mundo, en este último Occidente, para emplear una antigua expresión. El asunto me obliga a reflexionar un rato. Tengo que reunir informaciones dispersas y darles algún sentido. Miguel de Cervantes, el personaje histórico, pidió permiso en una oportunidad para viajar a los territorios americanos colonizados. Si hubiera realizado su proyecto, es bastante probable que no hubiera escrito el Quijote, obra de la edad tardía. No habríamos sabido nada de un señor Cervantes, un tal Cervantes, instalado en Lima o en Caracas, dedicado al comercio de ultramarinos y autor de *La Galatea* y otras producciones literarias. O habríamos sabido muy poco. Pero sucede que Miguel de Cervantes se quedó en la Península, escribió el Quijote en sus dos partes, para suerte de todos nosotros, y su obra ha llegado hasta estas costas por los caminos más inesperados y más diversos.

Pienso, por ejemplo, que Machado de Assis, el novelista brasileño de quien he hablado tantas veces, conoció el Quijote en forma indirecta, a través de sus imitadores ingleses del siglo XVIII. Hasta un momento determinado, alrededor de sus cuarenta años de edad, Machado de Assis fue un narrador y un autor de teatro romántico. Perteneció, en otras palabras, a esa escuela de romanticismo lacrimoso, superficial, de lectura fácil, que floreció en todos los países latinoamericanos. Pero, en un momento determinado, por razones desconocidas, leyó a los llamados humoristas ingleses del siglo XVIII y se transformó en un escritor diferente. Entró en una etapa original, moderna, de notable libertad narrativa, de distancia irónica y escéptica. Lo más notorio de su conversión fue la aparición de un narrador nuevo, bromista, que interpela con frecuencia al lector, que hace digresiones sorprendentes, que cita a los clásicos, que se permite desmontar los hilos narrativos. Estoy seguro de que este narrador del Machado de Assis maduro, que se inspira en la lectura de los ingleses del XVIII —Thackeray, Fielding, Laurence Sterne—, le debe mucho a Cervantes, al Cervantes de la primera y segunda parte del Quijote. Los ingleses que he citado no sólo adoraban el Quijote sino que seguían en forma deliberada, sin ocultarlo en lo más mínimo, los sistemas narrativos cervantinos. Habían adoptado al narrador bromista, burlón, medio desmemoriado algunas veces, que perdía el hilo y lo retomaba, que no se quería acordar de un lugar, que no estaba completamente seguro de un nombre, que desconflaba de algunas noticias y las entregaba con beneficio de inventario. Es imposible que Machado, hombre de curiosidad universal, “cabeza de rumiante”, como se definió en una oportunidad a sí mismo, no haya pasado de las ramas inglesas al tronco hispánico. Leí a Machado en la década del cincuenta, después de haber oído hablar de él a mi amigo brasileño Rubem Braga, y me sorprendió de inmediato el tono libre, digresivo, insólito, de sus narradores. Me encontré en aquellos días con el poeta beatnik Allen Ginsberg, que pasaba una temporada en Santiago en la casa de Nicanor Parra, y me dijo que para ellos, es decir, para el grupo de poetas del San Francisco y el Berkeley de los años cincuenta, Machado de Assis era como Kafka: una referencia constante y un modelo. Ahora, durante un viaje a Miami, a Guanajuato y a Guadalajara, me traigo una traducción reciente al francés de la novela *Quincas Borba*, a cuyo título agregan los franceses, con su manía explicativa, el de: *El filósofo o el*



Jorge Edwards

perro. Tendrían ustedes que leer la novela para entender el subtítulo. Hay un filósofo que se llama *Quincas Borba* y un perro bautizado con el mismo nombre y que recibe, en una medida muy particular, la herencia de su amo el filósofo. Ahora bien, al final del capítulo sexto se habla de una burbaja: “Nada se pierde, todo es beneficio. Repito: las burbajas y el agua no son más que una sola cosa. ¿Ves aquel libro? Es el Quijote. Si destruyo mi ejemplar, no aniquilo la obra: ella permanece, eterna, en los ejemplares intactos y las ediciones posteriores. Eterna y espléndida, como este mundo que es el nuestro, divino y supradivino”. Más claro, imposible. Machado de Assis, en el Río de Janeiro de la

segunda mitad del siglo XIX, era un lector apasionado del Quijote y se había contagiado con la libertad narrativa de Cervantes. Lo comprendía mejor, probablemente, que sus contemporáneos de España y de América. Y había recibido el primer estímulo para leerlo de los novelistas ingleses de un siglo antes. En el capítulo cuarenta, al final, a propósito de las estrellas, de las “castas estrellas”, sostiene que así eran llamadas por el terrible Oteño y por el jovial Tristram Shandy. Estos dos seres tan opuestos en todo estaban de acuerdo, según el Quincas Borba, en un solo punto: en que las estrellas son castas. Lo cual nos confirma, de paso, al Machado de Assis lector de Sterne y de Shakespeare, además de Cervantes. Y nos demuestra que el Quijote llegó hasta la América del siglo XIX por el camino tortuoso de los humoristas ingleses y del novelista carioca Joaquim Maria Machado de Assis.

Pero hay otra llegada curiosa de Cervantes y de la literatura española a América del Sur, y esta vez se produce en la primera mitad del siglo XIX. En Chile, como sabemos, es una época afrancesada y un poco anglófila: la ruptura con todo el pasado español parece profunda. Pero tenemos a un notable personaje de la época, Vicente Pérez Rosales, que llega a París en su juventud y se encuentra con un grupo de españoles liberales exiliados por el régimen de Fernando VII. Es un encuentro importante, consignado con maestría literaria en uno de los primeros capítulos de *Recuerdos del pasado*, las memorias escritas por Pérez Rosales hacia el final de su larga vida. El encuentro citado, que figura, si no me equivoco, en el capítulo V, debería recordarse y ser motivo de reflexión, tanto en Chile como en España, pero creo que yace en el olvido más denso. El joven Pérez Rosales, que había asistido como adolescente, en casa de su tío Juan Enrique Rosales, a un banquete de celebración de la batalla de Chacabuco y que había visto de cerca a los generales José de San Martín y Bernardo O’Higgins mientras bebían champaña para celebrar la victoria republicana, se acercó en París a un liceo regentado por exiliados españoles. Ahí conoció al matemático

Gorbea, quien después sería contratado para organizar la enseñanza de las matemáticas en Chile, al historiador y humanista Manuel Silvela, a otro matemático de apellido Vallejo y que terminaría encerrado en un manicomio, y a Leandro Fernández de Moratín, el célebre autor de *El sí de las niñas*. Pérez Rosales nos narra algunas de sus sabrosas conversaciones con Moratín, que eran una emulación recurrente e impagable de la literatura española del Siglo de Oro. Según él, Moratín no había tenido verdaderas razones para salir al exilio, pero lo había hecho porque era una persona tímida y más bien asustadiza. Y nos cuenta que Moratín, entre socarrón y cariñoso, le decía: “A pesar del olor a pila de tus palabras, no siempre, muchacho, dices disparates”. Pérez Rosales cuenta que Moratín, de sesenta y tantos años de edad, murió en sus brazos. Y nosotros llegamos a la conclusión de que dentro de un Chile afrancesado, aquel encuentro de Pérez Rosales con el mundo español de París y con la literatura del Siglo de Oro no deja de ser interesante. Los dos grandes personajes de la literatura chilena del siglo XIX fueron antipodas, extremos opuestos. Don Alberto Blest Gana, que tenía un talento narrativo natural, había descubierto a Honorato de Balzac y se había propuesto escribir una *Comedia Humana* inspirada en las cosas de Chile. Su escritura es más bien neutra, llena de ecos afrancesados, con raíces hispánicas más bien débiles. A pesar de eso, construía sus novelas con notable habilidad, con energías siempre renovadas, con personajes llenos de vida. Pérez Rosales, en cambio, no era novelista, pero narraba sus peripecias personales con un lenguaje rico, socarrón, de gran calidad, donde los modelos españoles y, desde luego, el modelo cervantino, son claramente reconocibles. Podemos permitirnos, incluso, una conjetura: el rico desarrollo de la crónica en Chile, que le debe mucho al tono y a la gracia de *Recuerdos del pasado*, tiene, probablemente, a través de



Cervantes

Pérez Rosales, alguna conexión con el humor de Cervantes. ¿Por qué no? Nosotros somos grandes expertos en no ver nuestras propias cosas. A veces leo una página de Jotabeche, de González Vera, de Edwards Bello, de Jenaro Prieto, y encuentro un humor, una broma, un guiño entre áspero y amable. Y me pregunto de dónde vendrán.

Borges, que tenía con Cervantes una relación contradictoria, que lo había leído en inglés, o por lo menos así lo aseguraba, fue bastante más sutil que nosotros. Por eso inventó a su Pierre Menard, que intentaba con gran esfuerzo, con minuciosa aplicación, escribir el Quijote de nuevo, línea por línea, pero sin copiarlo, colocándose en una situación idéntica a la de Cervantes y empezando a redactar: “En un lugar de la Mancha”, etcétera. Hasta llegar a la última línea. Pierre Menard era un loco, un demente de la especie pacífica, y la literatura cervantina está llena de toda suerte de chiflados. Pierre Menard, en revueltas cuentas, es una metáfora, un homenaje indirecto, una declaración de amor disimulada. Nosotros, más simples, somos cervantinos sin darnos cuenta.

El olor a piña [artículo] Jorge Edwards.

Libros y documentos

AUTORÍA

Edwards, Jorge, 1931-

FECHA DE PUBLICACIÓN

2000

FORMATO

Artículo

DATOS DE PUBLICACIÓN

El olor a piña [artículo] Jorge Edwards. retr.

FUENTE DE INFORMACIÓN

[Biblioteca Nacional Digital](#)

INSTITUCIÓN

[Biblioteca Nacional](#)

UBICACIÓN

Avenida Libertador Bernardo O'Higgins 651, Santiago, Región Metropolitana, Chile